

E IS23

CIDHOM. Memorias de Salvador Novo (fragmento). Docs.32

Clave expediente E IS23

Fondo I

Volumen

Año de publicación 0

Año final 0

Sección temática 0

Serie geográfica 0

Sección relacionada

Serie relacionada

Observaciones Documento mecanográfico

Fuente

- 31 -

La contemplación del raudo paisaje por las ventanillas del tren en que regresábamos a México me hacía recorrer en una singular introspección los cinco largos, grávidos años transcurridos desde que yo contaba siete hasta ahora que abandonaba para siempre cuanto había impartido a esos años todo su íntimo encanto, sus angustias, sus revelaciones y descubrimientos. Mi salud no había sido perfecta. Sometido ya a la Quina Laroche, ya al aceite de hígado de bacalao, en dos ocasiones había estado a punto de morir, de una fuerte infección intestinal la primera, de agudo paludismo la otra. En ambas, me atendió el doctor Viesca Lobatón, una de cuyas hijas era mi compañera en el Colegio Modelo, arrancándome la primera al estúpido tratamiento de un médico caro que no se abochornaba al llamarse Diamante Mihaloglo^u; conjurando la segunda aquellos mortales accesos de calosfrío que atribuíamos a la circunstancia de haberme excedido en comer brevas un domingo que mi padre me llevó de paseo a aquellas magníficas huertas de Lardo y de Gómez Palacio que cultivaban los chinos, y de que provenían las uvas, los melones, los higos y los duraznos deliciosos servidos en grandes bandejas polícromas en las pequeñas fiestas de un mi santo que caía por la época más frutada del año. Después de aquellas enfermedades, quedé flaco y débil, porque coincidían además con fuertes "estirones" de mi crecimiento, y necesitado de una vida higiénica y soleada que mi madre prefería substituir por reconstituyentes y reclusión. Conocí también pronto las angustias de la mala dentadura, y de las intervenciones horribles del dentista. Creo que justamente nuestro primer viaje de Jiménez a Torreón tuvo por objeto que me taparan una muela - tan consumadamente, que a la fecha me sirve. Pero no fue esa la única operación que me hizo sufrir. El Doctor Viesca

- 32 -

Lobatón, que tomó verdadero interés en mi salud, descubrió que el tabique de mi nariz alojaba pólipos, y me extrajo una especie de blanco grano de maíz. Dijo también que era necesario esperar a que me desarrollara un poco más, para extirpar de mi laringe las vegetaciones adenoides que en ella encontraba.

En mi condición enfermiza, pues, me asemejaba más a mi padre que a una madre que apenas recordaba haberse hallado en México al borde del sepulcro por una aguda peritonitis de que la salvó, sin operación, el Doctor Parra; pero que nunca desde entonces, ni en el Norte ni en México ha vuelto a enfermar absolutamente de nada: que conserva admirablemente blancos, parejos y firmes, todos sus dientes, abundante y negro un cabello que se solaza desafiante en cepillar con vigor frente a mi calvicie; sin arrugas su piel morena, y apenas débiles, pero obstinadamente renuentes a los anteojos, unos ojos que siempre hizo un poco estrábicos y miopes por coquetaría.

Mi padre, en cambio, fue siempre pálido, delgado. Callaba, sentado largas horas con el largo cigarrillo negro humeante entre sus dedos conquistados por la nicotina como sus bigotes rubios; perdida la mirada de sus ojos verde claro que eran casi amarillos, como su pelo, delgado y rizado. Solo ahora comprendo y admiro la fuerza de su voluntad, y la dureza de su lucha, mal dotado para sostenerla por el predominio en un hogar subyugado pasivamente por mi madre, y por el éxito en un medio que sobre serle extraño, reservaba sus triunfos a los audaces y a los vigorosos hombres del norte. Un flagrante complejo de inferioridad, originado en su impotencia (o bien su causa más directa) había estabilizado en mi padre el mecanismo de una abdicación frente a mi madre que sepultaba sus protestas en el silencio, en la conformidad aparente, en la callada elaboración de nuevos intentos de

- 33 -

una prosperidad económica que le restituyese, eventualmente, fuerza y autoridad. Mi madre le dejaba hacer, tan anticipadamente cierta como deseosa de su nuevo fracaso, expulsándolo cada vez más de toda intervención en un mundo en que yo empezaba a tomar su sitio. Cuando la tos habitual de mi padre; la que anunciaba a la puerta su fatigado regreso, se volvió más seca y frecuente: cuando empezó a acompañarla un estado cotidiano de fiebre, y un extraño brillo de vidrio en los ojos claros - que él calificó de un resfriado cogido a raíz de un baño turco -, mi madre diagnosticó fríamente que estaba tísico, hizo lecho aparte, y le advirtió terminantemente que no debía besarme, ni tocar - como tanto gustaba de hacerlo - mis libros ni los juguetes que me compraba cada vez que podía.

Yo hice causa común con mi madre. Empezó a darme asco la proximidad de mi padre, su aliento fatigado, el olor de su ropa y de sus cigarrillos negros. En el cuadro de risueñas perspectivas que el regreso a México me ofrecía: en la imagen de mis tíos, bien vestidos, perfumados, alegres, que habrían de llenarme de halagos y de obsequios, la figura encorvada, derrotada, débil y triste de mi padre, no cabía. Estorbaba, se hallaba fuera de lugar, sobraba. El viejo Laio se interponía en el camino de Egipto.

Servirá hoy de otra cosa que de un inútil y tardío desagravio a su memoria pensar en cómo pudo de otra manera realizarse mi vida, si en la lucha por mí hubiera triunfado mi padre, y si yo le hubiera ayudado desde pequeño en cualquiera de sus empresas? Nada cuesta soñar que en vez de haber cifrado toda aspiración familiar en volver a México y darme un título universitario, pude aprender a practicar el comercio, compartir con mi padre preocupaciones y tareas, vincularme a las actividades a que iban a dedicarse mis compañeros de la Escuela

- 34 -

del Centenario. A su tiempo, aquel despacho que abrió para efectuar sus tímidas operaciones mercantiles, y a cuya puerta colgaba un pequeño rótulo - "Andrés Novo, Comerciante y Comisionista", pudo ampliarse y rezar "Andrés Novo e hijo", para su más tarde, cuando ya su fundador hubiera acariciado a sus nietos, y cerrado placidamente sus grandes ojos verdes, el despacho o el Almacén de Salvador Novo.

Pude también haber aprovechado la oferta de una beca para estudiar en el Ateneo Fuente de Saltillo la carrera de maestro. Con toda la mala voluntad que me profesaba, el del sexto año no logró evitar que mi examen me deparase la opción por una de las becas que daba el Gobierno a los alumnos mejor calificados. Pero mi madre ni siquiera accedió a tomar cuenta de aquella a sus ojos ridícula posibilidad. Había expirado ya la condena de su destierro, cuyo plazo lo daba mi educación primaria. Me aguardaba ahora la Preparatoria; y a ella, el seno natural de su familia, del que había salido un poco sin medir lo que hacía, y al que regresaba, hija pródiga, con un hijo todo suyo, y de cuyo destino sólo ella sería responsable.

En los cinco años transcurridos, la familia de mi madre apenas había experimentado el cambio de la separación del mayor de los varones. Mi tío Paulino, el hijo modelo que a la orfandad de sus numerosos pequeños se había echado encima con un trabajo abrumador en el Ferrocarril el sostenimiento de su familia (cuando el verdaderamente primogénito, Roberto, demostró ser una mala cabeza, fue radicalmente amputado del hogar por mi enérgica abuela y vivía desde entonces aparte), había visto ya su buena obra coronada por el acceso de su hermano Manuel - "el colegial", como le llamaba la tía Virginia - a una profesión médica que en su especialidad venérea explotaba bastante bien; por la docilidad con que siguió sus pasos de trabajo honrado su hermano

- 35 -

Salvador, también en los Ferrocarriles, y porque ya también el menor, Guillermo, trabajaba ahí mismo. Asegurada así la economía de un hogar juiciosamente administrado por mi abuela, el tío Paulino se había casado con una muchacha atrayente, de grandes ojos negros, que como él en sus ratos de ocio, tocaba la guitarra, y cantaba. Cuando llegamos a México, tenían ya una hija de cuatro años y un chico recién nacido que, naturalmente enajenaron el cariño y la solicitud que antes de mi partida hacia el norte el tío Paulino me consagraba como una anticipación del que a su tiempo vertiría sobre sus hijos propios.

Desde su llegada de Zacatecas, mis tíos habitaban en alguna calle de la Colonia de Guerrero. "Cuando vivíamos en el Tulipán", o "cuando vivimos en Mosqueta", eran frases familiares a mis oídos, alusiones a mis fragmentarios recuerdos, ahora reactivados en el regreso, de episodios como la fiesta de recepción de mi tío Manuel, a que apenas logré asomarme. Supongo que a causa de su proximidad con las estaciones, o de su fácil comunicación por tranvías con las oficinas en que trabajaban mis tíos, se acercaron en aquella Colonia sin duda entonces poblada por la "clase media decente" y con aspiraciones. La tía Virginia, que las alentaba siempre mayores, vivía en cambio en un San Rafael que entonces parecía más aristocrático, posiblemente a causa de que quedaba más lejos que Guerrero, o porque en vez de transitar por sus calles los fogoneros, los conductores, el típico rielero que por las noches vagaba cerca del Salón Saturno, de los billares, de los cines Vicente Guerrero y Briseño, por las calles de San Rafael, y cerca de sus novedosas casas estilo Misión, podían verse los norteamericanos que ella adoraba, cuya lengua había aprendido sola, y con uno de los cuales se había casado antes que mi madre, por más que un buen día el aventurero tipo hubiera desaparecido, dejándola con cuatro hijos, para pedirle

- 36 -

mucho después que se reuniera con él en La Habana - y tropezar con su definitivo desprecio.

El domingo siguiente al día de nuestra llegada, mi abuela reunió a su mesa a todos los familiares. Me decepcionó mucho conocer a mi primo Fred, algo mayor que yo, pero feo, tosco, brusco. Sus hermanas me fueron más simpáticas. Lilly, la mayor, era muy alegre, y después de comer, cuando todos nos reunimos en aquella sala alfombrada, de muebles rojos y grandes espejos dorados, y mi tío ^{Salvador} se sentó al piano, trató de enseñarme a bailar. Yo no captaba aquellos ritmos nunca oídos - el fox trot, el one-step, el two step -, que estaban por lo visto en furiosa boga, pero que me eran totalmente extraños. En Torreón, el tío Francisco tenía entre sus muebles una especie de armario que producía por medio de grandes, perforados discos metálicos, una música dulce y sorda, de que recuerdo "La Zarina". Entre mis juguetes, mi padre había comprado una vez un aparato que no sé como llamar^a - con cuerdas horizontalmente instaladas y un pequeño teclado de martillos de láminas delgadas de acero que las golpeaban. Ese aparato proveía un pequeño cuaderno con unas cuantas piezas ejecutables en él, y yo aprendí a tocarlas, porque era tan sencillo hacerlo como tocar los tímpanos que a veces tenía. Por otra parte, los Kypuros, aun cuando el industrioso Pane no logró nunca terminar el piano cuyas teclas tallaba y pulía, poseían un fonógrafo con discos de Caruso y cuplés de María Cónesa que lanzaba a veces, entre el llanto de Basilio, de Jorge y de Mague, la recién nacida, sus notas ríspidas. Pero fuera de esos fragmentos musicales, todo cuanto mis oídos conservaban, o que les había impresionado, eran las canciones entonadas por el ciego de la guitarra en las noches por la esquina de "La Sencilla", una menguada tienda atendida por un chino atacado de lepra o por el rumbo de los

- 37 -

jacales: corridos revolucionarios, la Valentina, la Adelita (que una robusta, morena criada de la casa se jactaba de que a ella se la habían dedicado), el Pagaré, o "una canción de Guaymas, estilo Mazatlán" - o bien las serenatas que a veces pasaban por la calle, cuando yo ya estaba acostado, a enamorar a alguna muchacha con las notas lánguidas de "Alejandra". Por los días en que abandonámos a Torreón (y a sus notas se asociaba fuertemente mi recuerdo del episodio del Hotel Washington), empezaba a cundir una canción popular, que hablaba de que "los pajarillos en las ramas se encaraman". Y también recordaba muchos trozos de las operetas que compañías trashumantes solían llevar a la Carpa Pathé, y que yo veía con mi padre los domingos: a María Caballé en La Casta Susana y en la Princesa del Dólar, y hasta una vez, cosa tan nueva y suntuosamente escenificada como Las Musas Latinas.

Pero estos ritmos nuevos me sorprendían desprevenido, y no podía bailar con ellos. "Pretty Baby" era el favorito, con otro que creo llamaban "mucho mostaza". Cuando, unos días después, me llevaron a la Preparatoria para inscribirme, y escuché al médico despacharme rápidamente con la sentencia de "pies planos", contemplaba abismado desde el barandal del tercer piso en el patio mayor cómo los muchachos bailaban y alborotaban mientras una orquesta llenaba el aire con las notas del primer danzón que yo escuchara.

Los primeros días en México se me llenaban de infinitas, gratas sorpresas. La ciudad grande, limpia, de clara atmósfera, dejaba aún admirar sus viejos edificios y sus construcciones porfirianas todavía no profanados por la piqueta ni lanzados al rascacielos. El tránsito era moderado, como el número de habitantes, de peatones seguros y lentos en recorrer las calles y en cruzarlas sin prisas ni temores.

- 38 -

Por la Avenida Madero - en cuyas tiendas Regal y High Life, o lo que después se volvió High Life - me llevaron a comprar unos soñados zapatos con blanca suela de hule - paseaban su distinguida, decadente indolencia, los "fifíes" que multiplicaban como muñecos de escaparate los atrevidos modelos de Bucher Bros., la sastrería que dictaba la elegancia masculina en Bolívar y Madero, y se anunciaba con los dibujos estereotipados de Carlos Neve: pantalones ajustados y altos que dejaban ver los calcetines claros, o las elegantes polainas, y el borceguí con suela de hule, y sacos ceñidos y cortos, abiertos por detrás, con anchísimas solapas y un solo botón. El sombrero (que otra reproducida imagen publicitaria de la época propagaba en el anuncio de La Vencedora, de Lino García, mostrando la sonriente cabeza de un anciano arrugado y con un sombrero en decadencia para sentenciar: "si mi sombrero fuera de La Vencedora, no estaría roto"; en tanto que otra publicidad, también debida a Carlos Neve, disputaba a La Vencedora la primacía para generalizar que "de Sonora a Yucatán usan sombreros Tardán", era prenda indispensable y a que se prestaba mucha atención, para seguir en ella una moda que variaba en el ancho del ala o en el atrevimiento del listón, o en la forma que se diera a la copa; pero que alcanzaba una culminación de desenfreno, y de inmediata uniformidad, en las "canastas", los sombreros de paja que exactamente el día diez de febrero aparecían triunfales en los escaparates, y se asentaban sobre las cabezas de todos los caballeros. Así, el modelo dictatorial de la elegancia masculina, estatuido por Carlos Neve y suministrado por Bucher Bros. y La Vencedora, Tardán o Sanjenis, pasaba del arte a la vida, y de los dibujos estereotipados de los anuncios a la apostura de aquellos fifíes que abandonaban, parados en firme sobre su pierna izquierda, y apoyados acaso en el bastón, el

- 39 -

pie derecho a la languidez que le daba el aire de hallarse en el instante de cochar atrás con él la cola imaginaria de un vestido de noche de prima donna, mientras lucían un rostro empolvado y de cejas depiladas, que el sombrero, echado atrás, como lo mandaba la moda, descubría.

Pronto se normalizó nuestra vida. Llegados de Torreón los muebles, ocupamos una pequeña casa a la vuelta de la de mis tíos, que propusieron a mi padre que se quedara en México, y la arreglaron un trabajo nocturno en el Ferrocarril. Pero eran ya claros, inexorables, muchas circunstancias que no tardarían en decidirlo a regresar a Torreón, a expulsarlo de nosotros contra su voluntad, más que impulsarlo a fugarse. Mi madre, segura ya del apoyo de su familia, le trataba con dureza y frialdad, con hostilidad. Su salud empeoraba, y lejos de ser esta una razón para que le rodeara de ternura, era una justificación para imponerle una cuarentena cada vez más rígida en el servicio de la mesa, en su alcoba, en la reiterada prohibición de tocar los flamantes libros de texto que mis tíos se habían apresurado a comprarme. De suerte que su regreso al Norte, ya sólo, como hacía seis años; pero ahora enfermo y apenas dueño de la débil ilusión de que aún dejaba a un hijo que no parecía quererle mucho, y, que esta vez no habría de seguirle, canceló toda aparente necesidad de que mi madre y yo nosuviésemos casa aparte, y en la poblada de mi abuela, se abrió para los dos un hueco que iba a fundirnos con aquella familia: a depararme el sitio de un hermano menor de todos mis tíos: a imponer sobre la de mi madre la autoridad suprema de mi abuela, y a determinar en todos y en cada uno de mis tíos, a su turno, las más diversas y graduales reacciones frente a mí de este múltiple modo inhibido, artificial y condicionado desenvolvimiento en la adolescencia.

- 40 -

Si antes de nuestro éxodo yo acaparaba el tierno afecto de mi tía María, la distancia había acabado por transferir ahora su predilección a Estelita, la hija de Paulino, dueña actual de los mimos de todos mis tíos. Así, al principio, Julia reanudó conmigo la alegre amistad iniciada en Torreón durante su visita; pero por poco tiempo. Su matrimonio, constantemente diferido, y una mala salud cada vez más acusada y rebelde a todo reconstituyente, iban agriando en ella un carácter neurótico y explosivo que empezó a manifestarse en un odio creciente hacia mi madre; en un resentimiento franco ante el hecho de que ésta, robusta y sana, y por otra parte inútil e ignorante; que no había ido a las escuelas superiores que Julia sí cursó; que no sabía bordar, coser ni tejer, ni (como ella todavía dos veces por semana) tomado clases de piano, no solo se hubiera inmerecidamente casado, sino que ahora hubiera tenido la desfachatez de reintegrarse al seno de una familia que no debiera ya ser la suya, y viniera a usurpar en ella, y en la predilección de mi abuela, y en la economía toda de la casa, el lugar que Julia sentía pertenecerle por el múltiple derecho de su doncellerz y de la precaria salud en que siempre refugiaba sus frustraciones.

De mis tíos, establecida ya una situación rutinaria de convivencia, pronto huyó la ofensiva tumultuosa de obsequios y paseos de los primeros días para discurrir en su indiferencia, apenas atenta a los aspectos negativos que yo fuera atreviendo, la más clara definición de sus diversos caracteres. Mientras mi madre compartía la recámara de mi abuela (y por ello irritaba aun más los celos de Julia), yo dormía en la oscura de un Guillermo por entonces en pleno ingreso en su mayoría de edad, y en consecuencia ausente en espíritu de una casa a la que apenas iba a comer y a dormir, mientras por las tardes

- 41 -

se reunía con sus amigos y se metía en el cine con putas. De su recámara seguía el comedor, cuya mesa se extendió para señalarnos en ella sitios fijos a mi madre y a mí. Ocupaba su cabecera Manuel, el médico, que se hacía siempre esperar para el rito de la comida y de la cena, y cuya mirada dura y un poco estrábica, y sus modales autoritarios y bruscos, empezaron a llenarme de angustia, del humillado temor de incurrir en faltas involuntarias de etiqueta, o en excesos inconvenientes de alimentación. Manuel compartía con Salvador la recámara contigua, después de la cual había el cuarto misterioso, inaccesible a mí, de su consultorio, y luego, en ángulo, una sala de espera para sus clientes que era a la vez - toda de cristales pintados de blanco - la antesala del último cuarto, de la sala alfombrada y de muebles rojos en la que el tío Salvador, que regresaba temprano de su trabajo, tocaba al piano los danzones de moda con sus manos anchas y planas, "de oído" o "lírico", porque aun cuando desde pequeño había mostrado buena disposición vocacional para la música, no fue posible que la estudiara, tan pronto como tuvo qué trabajar.

La indiferencia en que acabó por enfriarse la inicial calurosa acogida de mis tíos parecía destinada a indicarme que había cesado de ser un niño para empezar a ser un hombre dotado, por un especial privilegio que debía agradecerles, de una oportunidad de preparación para la vida que ellos no habían a su turno disfrutado. Si ya no me paseaban, ni casi conversaban conmigo, tendría que ser porque supusieran que mi tiempo y mi atención se debían concentrar en los estudios, puesto que solo de ellos, de mi propio esfuerzo, coronado por la obtención de un título, podría nacer a tiempo la oportunidad de que sostuviera a mi madre como ellos habían hecho con la suya, pero

- 42 -

en las mejores condiciones que su generosidad me otorgaba para alcanzar esa emancipación.

El tío Paulino, que a pesar de haberse casado seguía siendo el mentor de la familia, y quien acordaba con mi abuela todos los domingos, me brindaba los restos de un cariño que ahora consagraba a sus hijos, y me daba dinero para el cine y para libros. La Providencia parecía haber empezado a premiar su rectitud y su espíritu de juvenil sacrificio. Amigo íntimo, compadre de un ferrocarrilero - Paulino Fontes - muy amigo del Presidente Carranza, participó en buena medida de su rápido ennoblecimiento. Su esposa, la guapa muchacha que entonaba apasionadamente canciones españolas con su guitarra, empezó a lucir con gallardía pieles, joyas y una colección de aves del paraíso de diversas tonalidades que enmarcaban como grandes paréntesis su rostro redondo y sus grandes ojos negros. Y cuando el ahorrativo tío Manuel adquirió, con un Ford de dos asientos modelo 1917, la posibilidad de visitar más asiduamente a su clientela, mi tío Paulino nos dio la sorpresa de estrenar un magnífico Hudson Super six, con chofer, y dos casas, a una de las cuales se mudaron, suntuosa e inmediatamente amueblada por El Palacio de Hierro, mientras rentaba la otra.

Los grupos del primer año de la Preparatoria se alojaban, prudentemente separados de los años superiores, en el que llamaban anexo de San Pedro y San Pablo. Yo no me daba entonces cuenta de lo que estaba ocurriendo con una educación en la que empero, por aquella precisa época, repercutían las alteraciones, los desajustes, los retrocesos en todo provocados por la Revolución. Ignoraba que lo que había no era una Universidad congelada desde don Justo Sierra, y que solo más tarde resucitaría tentativamente con don José Natividad Macías

- 43 -

para erguirse de nuevo con Vasconcelos; sino el feudo de una Dirección de Educación Pública conquistada por los activos normalistas, que se repartieron premiosamente las clases de la Preparatoria antes profesadas por los "científicos". Un normalista pintoresco, de nombre Enrique Olivares, que se afeitaba entradas en la frente y vestía a la última moda de Bucher Bros, era el, diríamos, director autónomo de aquella escuela primaria superior que resultaba el primer año de la Preparatoria. Los de Geografía, Gramática, Aritmética, Historia, eran todos profesores normalistas. La supervivencia del porfirismo apenas contaba la voluminosa representación del Doctor Jesús Díaz de León, que enseñaba sobre su propio texto de Bouret las raíces griegas y latinas, y a quien, maravillado al hallar en él, de carne y hueso, al autor de uno de los libros que había leído en Torreón sin mayor interés - "La Inmortalidad del Alma" -, me acerqué una vez antes de la clase para darle a entender que lo había leído antes de conocerlo; para abordarlo le pregunté si de veras el alma era inmortal, y recibí su brusca respuesta: "Eso no se pregunta en un corredor de escuela", que me hizo instantáneamente antipática su figura.

Aquel ir de un salón a otro cada hora para una clase diferente, con un distinto profesor, entre el bullicio apresurado de aquellos muchachos económicos de su tiempo y servilmente cumplidos con sus estudios; y el hecho de que mantuvieran cerrada y custodiada por el iracundo "Chicloso" la puerta de la calle, convertía mis horas de clase en interminables e incómodos plazos de cárcel. Entre la escuela y la casa, se extendía, larga, la seductora, desconocida ciudad, convocándome a recorrerla, a sentir en ella el disfrute de mi inédita libertad. Apenas si me interesaban las clases de dibujo, de que

- 44 -

había dos, Constructivo y creo que Decorativo, el primero a cargo de un profesor Centeno que ya iba a recibirse de ingeniero, y el segundo impartido por don Fidencio Nava, que nos hacía dibujar con gises de colores y sobre papel mina gris, jarros con flores. Huía, cuantas veces lograba hacerlo, de los "ejercicios físicos y militares" estentóreamente comandados por un oficial de una cómica corpulencia bigotuda y celulósica de cirquero, que nos hacía marchar alrededor del patio, en las tardes, tres veces por semana.

Sin sorpresa, y sin un interés de que completamente le despojara su desplazamiento hacia un medio tan plétórico de más cautivadores atractivos, de mayores misterios, descubrí que Jorge González también había venido a México, y también cursaba, aunque en otro grupo del mismo primer año, la Preparatoria. Nos hablamos, por supuesto, pero pocas veces, y de temas indiferentes. Conocía ya mi falta, y aun insinuó un resignado y débil derecho a usufructuar, como un novio burlado que visita más tarde a la prostituta con quien pudo casarse, el auxilio ajeno en abrir el camino de mi admisión. Quizás, en tributo al recuerdo - a un recuerdo tan rápidamente envejecido y congelado - yo habría accedido a sus extemporáneas demandas de liquidación de un tácito compromiso. Pero, sobre mi sincero desinterés en él, y en el tema todo, que sentía cancelado, dos circunstancias lo impidieron. En primer lugar, si en Torreón mismo Jorge no dispuso nunca de un escondite propicio a qué conducirme, menos podía obtenerlo en un México que desconocía, y del que apenas le ocurrió que podríamos aprovechar un bosque de Chapultepec entonces solitario y remoto. En segundo, pronto dejó de asistir a la escuela. Vivía, con su abuela, pues ahora sabía yo que era huérfano,

- 45 -

en Tacubaya; y una vez que regresaba a su casa en el tranvía, sufrió en él un accidente que lo dejaría cojo para toda la vida.

De mis compañeros de grupo, apenas, al principio por la contigüidad onomástica que nos deparaba la N en la lista de clase de los profesores, y después por más hondas afinidades, trabé amistad con David Niño Arce. Aunque él había nacido en Veracruz, creció en México, y conocía bien la ciudad. Huérfano de madre, su padre - un apacible juez de levita, con graciosa facha de profesor de escuela - había reconstituido su hogar con dos hermanas cuyas maestras de escuela que adoraban a su menudo, brillante sobrino. Habitaban una oscura vivienda en una enorme casa de la Calle de San Jerónimo, a que David me llevó un día para presentarme a su familia, y mostrarme los muchos libros de teatro que llenaban los dos o tres estantes irregulares de bambú de su sala con muebles protegidos por servilletas de encaje contra el sebo de las cabezas. Con ese chico empecé a faltar a la escuela, seguro de que en unos cuantos días de mayor aplicación podría alcanzar a los puntuales, para "irnos de pinta" a Chapultepec, a la Alameda, al Museo, a conocer el Centro, admirar los escaparates y gastar en los dulces que en Torreón no se conocían (limitada la imaginación de los dulceros locales a la oferta monótona de "rellenadas de nuez y de coco", que eran unas gordas y tiernas charamuscas) lo que podíamos separar de nuestros viáticos semanales para el tranvía. Todo el lujo, todas las excelencias de esta ciudad, me provocaban a su disfrute inmediato. Y al desearlas, me urgía participar su descubrimiento con mi madre. Pensaba en ella frente a cada hermoso vestido de los escaparates: la revestía imaginariamente de cuantas galas admiraba en ellos; y algunas semanas puse aparte el dinero que de otro modo habría disipado en golosinas,

- 46 -

para darme el gusto de llegar a sorprenderla con el inesperado obsequio de un sombrero negro y blanco con aigrettes que rondé muchos días en el escaparate, temeroso de que lo fueran a vender antes que yo hubiera alcanzado a reunir su precio.

SALVADOR NOVO

LA CIUDAD DE MÉXICO

SEPTIEMBRE 15

COYOACÁN, D. F.

- 72 -

Copias fot.
Salvador Novo
Memorias

El tercer año de la Preparatoria nos franqueó las puertas del patio grande y nos asomó a clases de nombre muy atractivo: psicología, ética, lógica, literatura, física, química, trigonometría. Por razones de una política que yo entonces no comprendía, los profesores eran muy surtidos en su origen y en su competencia. Al lado de uno que otro superviviente del porfirismo, como el positivista furibundo que era don Samuel García - siempre atildado, campanudo, canoso -; o como el pintoresco Papá Rivas, o don Ezequiel A. Chávez, que enseñaba psicología con el Titchener por él traducido como texto; y que con igual facilidad saltaba a dar otro curso de Historia, la mayoría de los profesores eran normalistas, como el director Moisés Sáenz, de quien se murmuraba que los domingos ejercía como pastor en una iglesia protestante; que era norteño y hermano de un revolucionario importante llamado también bíblicamente Aarón.

Aparte ejercer la Dirección, Moisés Sáenz daba las clases de Ética y de Química. Era alto, moreno, fuerte, de rostro y ceño adusto, labios gruesos, dientes blanquísimos y mirada dura. Tenía algo que ver con la YMCA y enfatizaba la educación física y los deportes en la escuela. El Colorado Ochoa y el Gato Velázquez, profesores de la gimnasia a que se dedicaban las tardes en el patio grande, nos invitaban a participar en los entrenamientos matutinos para algunas competencias atléticas de las que nunca superé. Dos o tres veces me levanté temprano y fui a correr, y luego a desayunar en la YMCA; a probar por primera vez un desayuno de frutas, cereales, huevos y café, muy distinto del chocolate y la leche domésticos con bizcochos.

Algunos médicos me han dicho que estuve óseamente constituido para ser un atleta, y aun descomunal por mi estatura. Pero una invencible pereza y un pudor neurótico de mostrarme desnudo cancelaron la posibilidad de mi oportuno desarrollo muscular, y fueron inclinándome a la actitud encogida y a la postura lánguida y sin sostén ni gracia que me caracterizarían para siempre. A salvarme de la gimnasia contribuyó felizmente para mi pereza el hecho de que Moisés Sáenz resolviera premiar con atribuciones de líderes a los alumnos que obtuvieran en

VADOR NOVO LA CAPILLA MADRID ES COYOACAN, D. F.

- 73 - las clases calificaciones altas. Los líderes simplemente vigilaríamos, exentos de la obligación de participar en los sudorosos ejercicios físicos.

Había, reciente, un tercero y pequeño grupo de profesores muy brillantes: jóvenes apenas recibidos de abogados, o todavía estudiantes de esa carrera: Trinidad García, Narciso Bassols, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano. Sus clases contrastaban fuertemente - llenas de fresca pedantería - con las tediosas de los viejos don Ezequiel o don Samuel, las desmañadas de "Nica" Rangel, las neuróticas de don Erasmo Castellanos Quinto - y las estultas de los ignorantes normalistas.

Don Erasmo era todo un tipo. Aquejado de paranoias: paternal hasta las lágrimas, saludaba a diestro y siniestro levantando el bombín como la tapa de una azucarera mientras hacía avanzar su cabeza fuera del área del sombrero - una cabeza de tortuga humilde, custodiada por barbas que entonces empezaban a encanecer. Luego retrocedía la cabeza, como una tortuga que se reintegra al caparazón, y hacía descender hasta ella, verticalmente, su bombín nunca cepillado. Don Erasmo me tomó particular afecto. Leía mis versos y me recitaba los suyos. Pronto dejé de ir a sus clases (daba literaturas castellana y general) porque todo cuanto en ellas enseñaba, yo lo conocía ya por mis lecturas solitarias de Torreón, y don Erasmo me exigió de ir a clases. Sencillamente presentaría yo los reconocimientos trimestrales y los finales - y él me calificaría con 10.

Pero nos manteníamos en contacto y en amistad. Confiaba en mí; y en secreto, me pasaba a revisar y calificar las pruebas escritas de los alumnos, que le daba pereza o no tenía el tiempo de ver - o que le ofrecían un pretexto a su paternal generosidad un pretexto decoroso para hacerme ganar - mis primeras percepciones literarias - algunos pesos cada mas. Vivía don Erasmo en San Pedro de los Pinos, entonces pueblecillo remoto al que había que ir en lento tranvía a recoger y entregarle los trabajos de los muchachos. Una casa pequeña, bodega de libros debajo de los muebles corrientes, que a su viudez de la amada "Bella" - a quien todavía conocí -, llenó de gatos trashumantes que salía por las noches en traza de mendigo a alimentar y a recoger en costales

SALVADOR NOVO

LA CAPILLA

MADRID 15

COYOACÁN, D. F.

- 74 - para su asilo particular de animales desamparados.

Sin que yo me percatara con claridad de ello, fuera del claustro de la Preparatoria caída por azares de la Revolución en manos de los normalistas, se gestaba el rescate de una protesta universitaria, de que los jóvenes profesores recién recibidos de abogados eran la avanzada o punta de flecha.

Una tarde, aglomerados en el patio, los muchachos se alborotaron. En ocasiones semejantes, yo procuraba huir a tiempo; pero esta vez, cerraron las puertas, hubo discursos, gritos; un tal Heriberto Barrón, notoriamente mayor que todos nosotros, condujo a la enardecida multitud hasta el salón en que Moisés Sáenz daba su clase de Química, para exigir su renuncia. Salí a la puerta pálido, cenizo. ~~xx~~ Yo no vi más. Al día siguiente supimos que alguien misterioso concedía a los alumnos la facultad de proponer al nuevo Director.

Todos queríamos mucho a don Ezequiel - tan cerúleo, siempre cargado de libros bajo el brazo cuya mano insertaba en el bolsillo derecho de su saco holgado, dejando afuera el pulgar largo y blanco; con su cutis immaculado de niño, con su colmillo largo y amarillento, sus maneras untuosas, sus exposiciones repetitivas de que era muestra la afectuosa dedicatoria que inscribió en mi Titchener: "Se llama usted Salvador; ~~xxxxxxx~~ justifique siempre su nombre; tenga usted siempre pensamientos que salven, nunca pensamientos que dañen, nunca pensamientos que maten. Cariñosa y cordialmente, con sinceros votos por su verdadero bien, su maestro Ezequiel A. Chávez."

Don Ezequiel fue nombrado Director, con beneplácito y aplauso de todos. Y como secretario de don Ezequiel llegó a su pequeña oficina soleada hacia un patiecito interior, un joven blanco, atildado, de hermosa cabellera ondulada, que se llamaba Jaime Torres Bodet.

Meses antes se había iniciado mi casual amistad con un muchacho del año superior; el cuarto y último, que compartía con el tercero los salones de clase del patio grande. No recuerdo cómo empezamos a tratarnos, Dado su espíritu inquisitivo, tiene qué haber sido él quien me abordara, interesado al descubrir que, como él, yo hacía versos que se habían publicado en la revista

ALVADOR NOVO © LA CAPILLA © MADRID 13 © Coyoacán, D. F.

- 75 -

No teníamos clases juntos, pero conversábamos fuera de ellas; y al saber que él vivía en Mina 95, y yo en Guerrero, di poco a poco en pasar por él a su casa para caminar juntos hacia una Preparatoria que entonces no pesaba alcanzar a pie, a lo largo de las calles poco transitadas.

La familia de Xavier era numerosa: hermanos y hermanas. Habitaban el piso bajo de una casa de piedra en 7, con patio y corredor bordeado de barandal de fierro, que llevaba de la sala con dos balcones a la calle, al comedor paralelo, después de recorrer las recámaras numerosas. Una vez me invitó a comer, y conocí así a su madre, doña Julia González; a algunos de sus hermanos y a sus hermanas. Todos jugaban tennis, y ellas eran campeonas. Sus hermanos tenían una especie de pequeño banco o financiera en el Círculo de Mayo, y alguna vez acompañé a Xavier a percibir ahí la mensualidad que asignaban a sus gastos personales. Poco a poco fui enterándome de que en su familia había habido literatos, artistas, ricos. Poseían originales de Ruelas, que Xavier me mostraba con elogio. Supe también, confiado por él con reticencias y recomendaciones de secreto, que en su familia se habían registrado tragedias conyugales y enfermedades nerviosas patéticas.

La predilección que don Ezequiel mostraba por mí debe de haberle inducido a presentar al "distinguido alumno" con el joven secretario de la Preparatoria, del cual Xavier me informó que era un poeta, y que a la sazón daba brillantes clases de literatura en otra escuela - la de Altos Estudios, cerca de la nuestra. Empecé, entre clases, a visitar a Jaime Torres Bodet. En su oficina me presentó con otro joven poeta y compañero suyo que iba siempre por él: Bernardo Ortiz de Montellano. Ya para entonces mi familia se había mudado a San Rafael, a una casa muy grande en la esquina de Icazbalceta y Altamirano. Jaime vivía en Altamirano 116. Después de su trabajo en la Preparatoria, por la tarde solíamos abordar el mismo camión hacia San Rafael. El iba, decía, a preparar su clase del día siguiente: literatura griega en Altos Estudios. Otras tardes, cuando no tendría qué preparar su clase, Bernardo pasaba por él, y alguna

EVADOR NOVO © LA CAPILLA © MADRID 195 © Coyoacan, D. F.

- 76 - ranja en "Selecty" - un pequeño café frente al Hotel Iturbide.

Una mañana llevé a Xavier a presentar con Jaime en su oficina. Su mutua afición por la literatura francesa no tardó en aproximarlos. Jaime y Bernardo habían publicado ya libros de versos - "Fervor" Jaime en 1918, "Avidez" Bernardo poco después. Pero el primer libro con que Jaime me obsequió fue el que con textos comentados de Gide acababa de adornar con un prólogo coruscante de citas sabias para la colección de "Cultura". "Por este prólogo - comentó disimuladamente satisfecho - dicen que mi cerebro es una casa de citas".

Gide y Huysmans eran dos autores que Xavier me había revelado. "Al Revés" y "El Inmoralista" - que hoy nos parecen tan ingenuos - nos sacudían con sus revelaciones. Claro está que también habíamos leído, con culpable fruición admirativa, el Retrato de Dorian Gray. La conversación a propósito de Wilde fue acercándonos a la confidencia. Yo no disimulaba mis inclinaciones; Xavier no parecía haber descubierto las suyas, o bien se resistía a reconocerlas. Su entrega, o su definición, ocurrió como era lo propio en una vida suya ceñida siempre por la más rígida contención literaria; en las cartas que nos cruzamos durante el último viaje emprendido por mi madre, conmigo, a Torreón. Yo le hablaba en las mías del choque que me había provocado el encuentro con los residuos de mi niñez; de los muchachos que ahora veía con otros ojos; del Angel Gallardo de quien me había hablado Pedro Alvarado; a quien busqué y llevé a mi cama como si pretendiera, en una revancha neurótica, sustituirme a mi violador en mi propia y nueva imagen. Xavier, al fin, me confió en sus cartas el júbilo de su descubrimiento de sí mismo - y el amor - sin esperanzas - que profesaba por Paco Argüelles, el guapo muchacho hijo del profesor de Historia. Eran las suyas cartas bellísimas, que nunca lamentaré bastante haber cometido la estupidez de perderlas al prestárselas a "la perra Collie" antes de nuestra definitiva ruptura.

Por mi parte, también sentí aflorar un amoroso deseo por un compañero de estudios y de años; alegre, atlético y despreocupado, bailarín excelente y muy lleno de sueños y de aventuras galantes: Fernando Robat, que se lleva un

NADOR NOVO LA CAPILLA MADRID 19 COYOACAN, D. F.

- 77 - amistad, y con ello me enardecía aún más.

Mi vida se escindía en tres partes: la casa y la familia, en que cada vez me sentía más extraño, humillado e incómodo; la escuela - y los paseos y aventuras a que me arrastraba Ricardo. Solía presentarme con los tipos más inusitados - y gozarse en que me poseyeran casi en su presencia. Así, un primero de año me echó en los brazos cálidos de un joven militar - Octavio Larriba -; y cuando le confió que me gustaba mucho Pichón Vallejo - un hermoso muchacho que tocaba atropelladamente el piano en las "asambleas culturales" de la escuela, maniobró Ricardo para que yo lo indujera a acompañarme a visitarlo a su cuarto amueblado de Bucareli - y nos dejó solos. Fue la primera, instintiva vez, que mi boca cumplió gustosa y súbitamente experta una caricia que me llenó de gozo.

Ricardo se marchó a Europa. El Presidente De la Huerta era muy amigo de su revolucionaria familia, y le dio una pensión para que se perfeccionara en el piano. Pero su complicidad ya no me era indispensable. Descubierta el mundo soslayado de quienes se entendían con una mirada, yo encontraba aquellas miradas con solo caminar por la calle: la avenida Madero, por la que entonces la gente paseaba lentamente todas las tardes. Allí, en guardia a la puerta de "El Globo", estaba siempre, con su bastón, sus polainas, su chaleco de seda, la mirada vaga y alerta de su pince-nez, sus bigotes grises aderezados, el señor Ariati, a quien llamaban "La Nalga que Aprieta"; por la puerta del junto al Globo se subía al despacho del licenciado Solórzano - de quien contaba Ricardo que en su casa, cantaba arias de ópera ("Ninon, Ninon qu'as-tu fait de la Vie"), y al que apodaban La Tamales porque hacía sus conquistas invitando a los jovencitos a merendar "unos tamalitos y una cerveza". Por ahí andaba, a caza de clientela o de surtido, La Madre Meza - que hunca se acostaba con la mercancía que procuraba para sus compradores, supervivientes refinados del porfirismo. Abordaba a los muchachos, los inducía a aprender a tocar la guitarra, que se ofrecía a enseñarles gratuitamente - y una vez en su cuarto, tomaba con una cinta métrica la medida de su verga, y les abría las puertas de una circulación perentoria,

ALVARADO NOVO LA CAPELLA MADRID, 15 COYOACAN, D. F.

- 78 -

La Madre Meza ocupaba uno de los muchos grandes cuartos habitados en ese edificio por sus congéneres: el padre Tortolero, lleno de casullas y ornamentos de iglesia; Salvador Acosta, que no tenía más que una ancha cama siempre ocupada. Había otros, que yo no conocí; ni los que visitaba era para acostarme con ellos, sino para que me permitieran, a trueque de cedérselos después, hacerlo con mis propias conquistas. Pero en aquellos "estudios" conocí a casi toda la fauna de la época: al padre Vallejo Macouzet, llamado Sor Demonio, que lucía en el labio la huella de una cuchillada, y que era famoso por la clientela de cadetes que le visitaban en su iglesia de Santo Domingo; al padre Garbuno, de Guadaluajara, que andaba siempre con Sor Demonio; al Diablo en la Esquina - un señor Martell, famoso porque se decía que le había pagado mil pesos de oro a un torero por una estocada personal - y al licenciado Marmolejo, feo como un idoio, que en su bufete sacaba de un cajón del escritorio de cortina la almohada que echaba al suelo para acostarse con los muchachos y eructar sobre ellos; y a La Diosa del Agua, anticuario, casado, con hijos grandes y nietos numerosos, pero persuadido de que sus conquistas se enamoraban locamente de él.

Había otro alcahuete: La Golondrina. Su cliente principal: aquel de quien era el atareado y eficaz surtidor de muchachos, era Richard Lancaster Jones. Pálido hasta la transparencia, poseía sin habitarla una casa suntuosa en Puente de Alvarado; pero dormía en el Hotel de la avenida Madero en que tenía su ropa y sus numerosas medicinas. Por la tarde, se echaba un buen puño de pesos al bolsillo e iba a instalarse en el cuartucho que La Golondrina tenía por el rumbo de Guerrero o de la Lagunilla. La Golondrina comenzaba su acarreo de desconocidos - a dos pesos cada uno - hasta que se le agotaban al señor Lancaster Jones, simultáneamente, las fuerzas y los pesos previstos para ese día. Habitado al lujo de la mansión que desdeñaba; a la limpia comodidad de su céntrico hotel, un irrefrnable masoquismo debe haber impulsado a aquel solitario a gozar en la sordidez miserable del cuarto de la Golondrina la juventud tonificante de sus víctimas.

EVADOR NOVO LA CAPILLA MADRID 13 POYOACAN, D. F.

- 79 -

Los vasos comunicantes de aquella anónima cofradía me condujeron a otro edificio memorable, hoy derruido, que apodaban El Vaticano. En él vivían muchos otros; pero yo solo visité el estudio ya mencionado de Chucha Cojines - y con mayor asiduidad, el apartamento del doctor Enrique Mendoza Albarrán, llamado Suzuki a causa de su rostro mipe de japonés.

A la casa del doctor Mendoza nos llevó al mismo tiempo a Xavier y a mí Gustavo Villa - La Virgen de Estambul. Villa era todavía estudiante a la edad (que entonces encontré escandalosamente avanzada) de 24 años. En la Preparatoria se hizo hábilmente amigo nuestro. Enxunillad Y lograda la confianza, roto el hielo, establecida la complicidad, una tarde nos invitó a acompañarle a una visita. En realidad (nueva y joven Madre Meza o Golondrina), me llevaba a presentar con el doctor Mendoza, que había oído hablar de El Venadito - y apetecía acostarse con él; y de paso, se apoderaba de Xavier, que le gustaba, y de quien acabó por enamorarse.

"Suzuki" había descubierto muy tardíamente su vocación sexual; ya maduro, calvo y mipe; ya a punto de casarse con una antigua novia provinciana. Pero se daba prisa en compensar su retardo. Su consulta de "Vías Urinarias" le proporcionaba vergas seleccionables que si le llegaban en^{fer}mas, se encargaba de restituir a un uso que gustoso les daba en éxtasis quejumbroso sobre su ancha cama de madera tallada.

Gustaba de la sociedad, de las reuniones modestas y apacibles. Nos sentaba a su mesa a beber pozuelos de chocolate con bizcochos partidos en dos trozos, vasos de leche, un dulce; y luego se instalaba a pedalear una piano-la para nuestro deleite, y nos refería su más reciente aventura, con grandes aspavientos de deleitosa admiración: "Una verga como un cisne".

Junto al Cine Olimpia había otra casa antigua y lóbrega; y en ella, un "estudio" al que una noche fui llevado en visita. El típico olor a encierro, a perfumes que se han vuelto rancios; los cortinajes pesados, las luces bajas. Compartían ese estudio Carlos Meneses (cruelmente conocido por La Pedo Embotellado, a causa de su ^{es} fatatura ridícula) y Antonio Adalid. Me sorprendió reconocer en

IVADOR NOVO LA CAPILLA MADRID 15 Coyoacán, D. F.

- 80 -

La Virgen de Estambul administraba su fina belleza rubia en un círculo muy distinto del que Clara me había revelado. Las escandalosas, descaradas amigas de Clara eran generalmente pobres y feas; la Semillona, que se zafaba a tiempo de que sus padrotes no eyacularan dentro de ella "porque hace daño"; Fausta, mesero en una fonda y, a veces, cómico de la legua; la Pitonisa y Eva Tapia (a causa de su sordera), empleados públicos: Pepe el sombrerero, que vestía a las cómicas del Lírico; La India Bonita. Los amigos de la Virgen eran de una clase superior, menos obvia. Ella había sido amante del dueño de una tienda de ropa de hombres muy en moda en la época: Bucher Bros, y conocía a muchos señores con dinero y amantes rijos, jóvenes y guapos, que ella aprovechaba - ya para sí, ya para ampliar sus trueques. Uno de estos señores era el diputado Ignacio Moctezuma. Vivía en el Hotel Iturbide y tenía por amante a un muchacho deportista de origen alemán, Augusto Fink, cuya verga descomunal solo Nacho Moctezuma podía jactarse de admitir.

En su cuarto del Hotel Iturbide - y en desfavorable competencia con las magnitudes a que su amante fijo lo tenía acostumbrado - cumplí el pasajero capricho que Nacho Moctezuma manifestó, de acostarse con El Venadito. Nuestra conversación de sobrecama dio, como suele, por la autobiografía, y le conté que estaba enamorado sin esperanzas de Fernando Robert. Se ofreció solícito a ayudarme a lograrlo. De algún modo, conseguí engatusar a Fernando a acompañarme a visitar a Nacho. Y una vez ahí, Nacho exigió, y obtuvo, la comisión de un legítimo derecho de pernada.

En el propio Hotel Iturbide visité una mañana a un representante o empresario de la compañía de ballet de Ana Pavlova, que por entonces visitó a México. Me había visto en el teatro, me abordó, sugirió - para mi inmediato entusiasmo - que yo podría ser bailarín a firme de México con la compañía; que estaba en muy buena edad - 15 años - para adiestrarme. Me citó en su hotel para hablar. Aún estaba acostado, con un pijama azul que descubría su pecho levemente velludo. Poco a poco fue conduciéndome a otorgarle una caricia que me pareció tan ridícula como inofensiva; que mordiera fuertemente su pezón derecho. Fue todo. No volví a saber de él.

EVADOR NOVO LA CAPILLA MADRID 14 TROYACAN, D. F.

- 80 -

La Virgen de Estambul administraba su fina belleza rubia en un círculo muy distinto del que Clara me había revelado. Las escandalosas, descaradas amigas de Clara eran generalmente pobres y feas; la Semillona, que se zafaba a tiempo de que sus padrotes no eyacularan dentro de ella "porque hace daño"; Fausta, mesero en una fonda y, a veces, cómico de la legua; la Pitonisa y Eva Tapia (a causa de su sordera), empleados públicos; Pepe el sombrerero, que vestía a las cómicas del Lírico; La India Bonita. Los amigos de la Virgen eran de una clase superior, menos obvia. Ella había sido amante del dueño de una tienda de ropa de hombres muy en moda en la época: Bucher Bros. y conocía a muchos señores con dinero y amantes rijos, jóvenes y guapos, que ella aprovechaba - ya para sí, ya para ampliar sus trueques. Uno de estos señores era el diputado Ignacio Moctezuma. Vivía en el Hotel Iturbide y tenía por amante a un muchacho deportista de origen alemán, Augusto Fink, cuya verga descomunal solo Nacho Moctezuma podía jactarse de admitir.

En su cuarto del Hotel Iturbide - y en desfavorable competencia con las magnitudes a que su amante fijo lo tenía acostumbrado - cumplí el pasajero capricho que Nacho Moctezuma manifestó, de acostarse con El Venadito. Nuestra conversación de sobrecama dio, como suele, por la autobiografía, y le conté que estaba enamorado sin esperanzas de Fernando Robert. Se ofreció solito a ayudarme a lograrlo. De algún modo, conseguí engatusar a Fernando a acompañarme a visitar a Nacho. Y una vez ahí, Nacho exigió, y obtuvo, la comisión de un legítimo derecho de pernada.

En el propio Hotel Iturbide visité una mañana a un representante o empresario de la compañía de ballet de Ana Pavlova, que por entonces visitó a México. Me había visto en el teatro, me abordó, sugirió - para mi inmediato entusiasmo - que yo podría ser bailarín e irme de México con la compañía; que estaba en muy buena edad - 15 años - para adiestrarme. Me citó en su hotel para hablar. Aún estaba acostado, con un pijama azul que descubría su pecho levemente velludo. Poco a poco fue conduciéndome a otorgarle una caricia que me pareció tan ridícula como inofensiva; que mordiera fuertemente su pezón derecho. Fue todo. No volví a saber de él.

LEVADOR NOVO @ LA CAPILLA @ MEXICO 13 @ TOTOACAN, D. F.

- 81 -

Las visitas a los cuartos miserables de la Golondrina o de Salvador Acosta para un rápido orgasmo, y las más sociales a la casa de Suzuki o al estudio de Adalid y la Pado Embotellado, satisfacían la necesidad de un hogar, de una compañía franca y libre en que pudiera desatarse nuestra locuacidad confidencial. Pero incompletamente. Y fue a propuesta de la Virgen de Estambul como decidamos montar nuestro propio estudio los tres cómplices más asiduos: Xavier y él, ya a la sazón amantes, y yo, libre y suelto. Entre los tres pagaríamos la renta - treinta pesos mensuales, la luz comprendida - de un gran cuarto en el edificio de despachos, esquina de Donceles con Argentina, muy cerca de la Preparatoria a cuyo último año concurríamos.

Era el año de la consumación de la Independencia - 1921 - y su centenario se celebraba con la resurrección estruendosa del nacionalismo decorativo: el tezontle en los edificios, la publicación de Las Artes Populares de México del Dr. Atl en dos volúmenes que aspiraban a exaltar el tepalcate, y que editaba el poderoso Ministro de Industria Miguel Alemán Robles - hermano de Clara.

Visitamos arrobados la exposición de arte popular instalada en el Regis. Un pintor, Montenegro, recién vuelto de Europa, había decorado el pabellón con estilizaciones de nopales y tunas en franela verde y roja recortada en frisos. Las jícaras colgadas hacían veces de lámparas, desterrando a patadas a los candiles porfirianos, y los sarapes de Oaxaca, Saltillo, Tlaxcala, lucían como antes los gobelinos y los tapetes persas.

Sobre ese estilo me consagré con entusiasmo, tijeras, aguja, martillo, a decorar nuestro "estudio". Un idollito nalgón, a quien llamábamos San Polencho, colgaba a la cabecera del couch o "piedra de los sacrificios" a presidir las escenas. Y un nacionalismo extremado me indujo a emplear una jícara pequeña como el depósito más a tono de la vaselina necesaria para los ritos.

Compramos un juego de te de barro, y lo tomábamos por las tardes con las galletas gruesas - fruta de horno - que yo salía a buscar a las panaderías del rumbo, feliz de poder un hogar propio. Damos "parte de casa" a nuestras del mundo, falta de cosas un hogar propio. Damos "parte de casa" a nuestras

SAVADOR / NOVO LA CAPILLA MADRID 45 COYOACÁN, D. F.

- 82 -

amistades, y pronto fuimos conocidos en el medio como "las chicas de Donceles".

No siempre teníamos a tiempo el dinero para la renta. De los tres socios, Xavier era el único que contaba con una mensualidad suficiente; pero la Virgen sabía administrarse entre sus amigos pudientes. Llevó al estudio a un enamorado suyo - don Tito Gasca Rojas un viejo moreno, chaparro, dueño de boticas y de una tienda de discos en Madero. Los dejamos solos. Esa vez, la Virgen pagó toda la renta. Al siguiente, fue mi turno de penitencia recibir la visita voluminosa y eructante del licenciado Marmolejo.

El balcón del estudio, en el cuarto piso, daba a la calle de Donceles, frente a las oficinas superiores de la Secretaría de Industria. Me senté a este balcón, miré hacia la calle. Serían las cinco de la tarde. Semanas antes, en la Preparatoria, Jaime Torres Bodet me había presentado, a la salida, con un poeta centroamericano de los que Vasconcelos favorecía. Había dicho, con un ademán de su mano blanca y cuidada: "El poeta Rafael Heliodoro Valle" - y luego, con una sonrisa levemente burlona: "y el poeta Salvador Novo".

Heliodoro multiplicó su interés en mis versos. Le presenté a Xavier, leyó los suyos, publicó los de ambos en los periódicos en que trabajaba - y hablamos con él de Ricardo Arenales, otro poeta del Caribe de quien se contaban horrores. Era "el Hombre que parecía un caballo", en la descripción que alguien hacía de él. Heliodoro se ofreció a llevar a aquella curiosidad al estudio de "los muchachos".

Su fealdad me fue tan inmediatamente repulsiva como su incongruente descaro. Le pregunté si le gustaba no sé ya qué poeta; y "Lo que a mí me gusta es que me penetren duro" - dijo con su belfo grueso y amoratado. Luego sacó cigarrillos, nos dio, encendimos, chupé - tres veces, sosteniendo el aire, nos instruí.

Empezó a recitar sus versos. Yo miraba a la calle. El tiempo se había suspendido. La luz era blanca, blanca, en el absoluto, sordo silencio.

Cuando volví en mí, me hallé acostado en el couch. Me rodeaban los rostros angustiados de Xavier, de la Virgen, del doctor Mendoza, que me

SALVADOR NOVO LA CAPILLA MADRID 13 TOLYOACAN, D. F.

83 - había resucitado con inyecciones. Eran ya las diez de la noche. Asustados de su hazaña, Heliodoro y el poeta mariguano se habían marchado.

A la Virgen, en cambio, la mariguana no le había hecho mal efecto. Ni a Xavier. Acaso no pusieron en aspirarla la fruición con que yo me entregaba entonces a cualquier exceso desconocido o incitante. La Virgen nos contaba que en otros estudios, como en las novelas de Jean Lorrain, ella había tomado éter, y que era precioso cómo, entre arrulladores sonidos de campanas, se alcanzaba el nirvana.

Otra noche - que después, recordándola, llamaríamos de Walpurgis - nos reunimos en parejas para embriagarnos con anís. La Virgen me había presentado un muchacho moreno - Gaitán - muy apetitoso. Ella se acostaría con Xavier. Fue la primera vez que nos visitaba un compañero de la Preparatoria en quien habíamos sospechado a un cómplice latente e indeciso: Delfino Ramírez Tovar. Flaco hasta el esqueleto, tímido y huraño, vestido provincianamente de blanco, contemplaba desde un rincón las libaciones, los besuqueos y los números de bailes desnudos con que yo amenizaba la fiesta, acaso todavía inclinado a la posibilidad de convertirme en un bailarín. Ya muy ebrios, apagamos la luz, jadeamos en la oscuridad sudorosa. "Yo me quedé sordo y ciego" - dijo después el arrinconado Delfino. "Pero no manco" - comentamos.

Aquella iniciación testimonial fue sin embargo suficiente a lanzar al joven tímido y provinciano a la conquista de su verdadera vocación. Días después nos contaba su primera aventura, con un Fernando a cuyo recuerdo viviría adherido muchos años. Y con el descubrimiento de sí mismo, sobrevino en él un luminoso cambio de carácter. Su inteligencia y su ingenio despertaron; empezó a hacerse segunda en los "números", a bromear, recitar, cantar, con una humorística y sana conciencia de su fealdad. Se echó en el pelo agua oxigenada para teñirlo levemente de rubio. Lo bautizamos "Porfiria" - e ingresó, para volverlo alegre cuarteto, en el trío de las populares "chicas de Donceles".

ALVADOR NOVO © LA CAPILLA © MADRID 13 © Coyoacán, D. F.

84-

La Virgen insistía en la conveniencia de que yo tuviera un amigo - como él y Xavier, con quien acompañarme decentemente. Pensó que podría ser Enoch Paniagua - muchacho fino, bonito dentro de su tipo blanco y ginecomástico; pulcramente vestido y tocado con un operático sombrero de peluche sobre su rostro ingenuo y algo pecoso que se ruborizaba con facilidad. Enochito contribuyó a la decoración del estudio con algunas chucherías, y llegaba a visitarnos acompañado por su amigo Rafael Pérez Gavilán - parecido, en feo, a Torres Bodet. Ambos gustaban de la ópera, y Pérez Gavilán tocaba el piano. Se acomodaron a nuestras vidas, para ellos tan escandalosas como seductoras; y cuando yo me separé del estudio para instalar el mío propio (un cuarto amueblado que retuve poco tiempo: el necesario para disfrutar el rápido idilio con un ferrocarrilero blanco y grandote), Enochito y Pérez Gavilán se quedaron de amigos de la Virgen y de Xavier; y luego, un día, en las vacaciones, se fueron a Los Angeles, California - donde muchos años después volví a encontrarlos. Pérez Gavilán era primo de Ramón Novarro, la famosa estrella de la época. Les llevaba la ilusión de aprovechar en el cine su parentesco.

La Golondrina me procuró otro alojamiento, más cerca del suyo: un enorme cuarto vacío, con dos balcones a la desierta calle del Pensador Mexicano. Compró en la tienda dos cajones de madera, yo los cubrí con una cretona - y todas las tardes, después de las clases, llegábamos allí Delfino y yo. "¿Ya están las princesas" - se asomaba a cerciorarse la Golondrina. "Ahora vuelvo". Desde los balcones la mirábamos alejarse - erguido, importante, dominador desde su traje miserable, su bombín raído, la costra negruzca que marcaba su ojo derecho en la mejilla. Al rato comenzaba su acarreo. "Entréguense al sopor". E iba a traer al siguiente desconocido.

Otras veces prefería llevarme a su cuarto, mejor equipado dentro de su miseria. En él me encerró una tarde con un tipo que acababa de hacer estallar una bomba en la embajada norteamericana; feo, pero dueño de una herramienta tan descomunal, que no era fácil hallarle acomodo. La Golondrina me retó, y acepté

ALVADOR NOVO © LA CAPILLA © MADRID 143 © Coyoacán, D. F.

85 - alejó, volvió al rato, asomó la aquilina cabeza y preguntó: "¿Ya?" "Ya".
 "¿Toda?" "Sí". Y dirigiéndose a los testigos que la acompañaban con una solemne
 entonación de Papam Hemos, proclamó: "¡Toda!"

El estudio de Antonio Adalid, una vez que se separó de la Pedo
 Embotellado para instalarse aparte, quedaba en la Avenida Hidalgo 123, muy cerca
 del jardín de San Fernando. Era la mitad, independizada, de un amplio apartamien-
 to del segundo piso de un edificio cómodo y entonces moderno. La discreta puerta
 al término de la escalera de servicio abría a un pequeño corredor, a cuya iz-
 quierda quedaban dos cuartos con ventanas; al fondo, una kitchenette, y a la de-
 recha, una alcoba. Cuando estuvo decorado y amueblado a su gusto, me invitó
 a visitarlo y me presentó con Antonio chico.

Antonio chico tenía entonces veintiocho años, y Antonio grande
 53. Antonio grande pasaba el día dando clases de inglés en la Preparatoria,
 dos veces por semana, y los otros tres días, en el lejano Chapingo, en la Escue-
 la de Agricultura. Al filo de las siete llegaba a su estudio. Ya para esa hora,
 Antonio chico se había levantado de su siesta, se había puesto el kimono; y
 mientras fumaba, con la larga boquilla sostenida entre los dientes ya un poco
 manchados, encendía la estufilla para hacer el café, y ponía la mesa redonda
 para la merienda en el segundo saloncito; entre el sofá esquinado y los sillones
 de medallón que acercaban a tiempo los invitados a sus lugares - no más de
 cuatro - en que lucía la fina vajilla azul inglesa.

Un papel tapiz color gobelino cubría las paredes de aquellos
 dos cuartos sobrios y acogedores, con buenos sillones antiguos, con cortinas
 de buen gusto. En el rincón de la primera sala, a un lado de la ventana, una
 pianola, sobre la cual sonreía apacible un óleo de tamaño natural de Antonio
 chico; con una capa de terciopelo rojo, al pecho la mano hermosa en que lucía
 el canafeo de su ~~miti~~ sortija. Uno que otro detalle chinesco en las paredes;
 una falda de mandarín dorada y azul; o en las mesillas; un mueble laqueado
 que Antonio había mandado armar con los hábiles ebanistas de los anticuarios
 que empezaba a tratar, testimoniaban o recordaban el hecho de que los dos Anto-

86a
OVO LA CAPILLA MADRID 13 COYOACAN, D. F.

nios hubieran residido algún tiempo en San Francisco California. uno que otro santo guatemalteco estofado, de madera o de marfil, iniciaba la afición de coleccionista que más tarde arrebataría al profesor Adalid.

Llegaba de sus clases, tomaba de la kitchennette un trasto capaz, y volvía a salir. A veces yo lo acompañaba al restaurante chino de la esquina, donde compraba algún platillo para la cena. Luego, despojado del saco al descubierto el fístel de brillantes de su corbata sobre el cuello duro impecable, se instalaba al centro del pequeño sofá, como a un trono propio, mientras Antonio servía, con su kimono negro, la cena y las dos rituales tazas de café americano, y acercaba la caja metálica y labrada con los cigarrillos perfumados de violeta - Milo.

La carne entre ellos - me confió - había callado hacía tiempo. Era la suya una amistad que podría llamarse fraternal si la edad no los separase, y si no hubiera tenido su remoto origen en un episodio que al conocerlo, configuró la imagen antigua, subyacente, de la persona de Antonio Adalid y de la época de oro que había vivido en su juventud.